





EL BARCO
DE VAPOR

Pelucas Paruka

Catalina González Vilar

Ilustraciones de Cinthya Álvarez





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: abril de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez

Dirección de arte: Lara Peces

Coordinación gráfica: Eduardo Nacarino

© del texto: Catalina González Vilar, 2023

© de las ilustraciones: Cinthya Álvarez, 2023

© Ediciones SM, 2019

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1910-206-5

Depósito legal: M-240-2023

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mi hermana María.

Poca gente lo recuerda, pero a principios de los años 20 del pasado siglo, cuando el viejo mundo desaparecía rápidamente tras la guerra y hombres y mujeres se debatían entre lo nuevo y lo antiguo, se extendió una peculiar moda en la provinciana ciudad de Le Ville, convirtiéndola por algún tiempo en el reino de la peluca.

Los acontecimientos que dieron lugar a semejante extravagancia y la historia de quienes los protagonizaron son dignos de ser contados, de modo que, señoras y señores, acomoden sus rizos, sus tirabuzones y mostachos, y dispónganse a escuchar este relato.

● 1

AMADEUS

A LOS DIECISÉIS AÑOS DE EDAD, Amadeus Paruka se dejó crecer un bigote a la francesa, fino y elegante.

A los dieciocho, apostó por unas románticas patillas vienesas.

A los veinte, lució una desafiante perilla búlgara.

Pero al cumplir los veintidós, Amadeus se afeitó por completo y corrió a alistarse como voluntario para luchar en la Gran Guerra. Y es que, como todo el mundo sabe, a los veintidós años no basta con cambiar de barba, sino que uno espera cambiar de horizontes y, a ser posible, cambiar el mundo.

Procedente de una familia de peluqueros y conocedor desde niño del oficio, Amadeus sirvió durante la contienda como barbero de tenientes, comandantes e incluso generales. Por ello, pese a no empuñar más arma que unas tijeras y una navaja, conoció la guerra desde todos sus frentes, tanto los campos embarrados donde los hombres morían a miles como el interior de los salones donde se firmaban pomposos acuerdos.

Cuando la guerra acabó, aún tuvo que servir durante un tiempo, pues nunca tanto como en los tratados de paz deben los generales presentar una imagen impecable; pero cuando ya todo estuvo firmado y sellado, guardó sus útiles de peluquero, se dejó crecer la barba y vagabundeó durante unos meses antes de emprender el camino a casa.

Llegó a Le Ville una mañana de invierno, casi un año después de que terminase la guerra. Vestido con ropas militares y con una tupida barba que le hacía casi irreconocible, cruzó las calles de su ciudad natal como un extraño. La encontró más pequeña, como si fuese una ciudad de juguete que una mano gigantesca pudiese agitar para que nevase sobre ella.

Impaciente, dirigió sus pasos hacia el callejón donde su familia tenía su negocio desde hacía más de un siglo. Al llegar ante su puerta, se detuvo y leyó el letrero pintado sobre la fachada en negras letras góticas: «Pelucas Paruka».

Por primera vez en mucho tiempo, sonrió.

—¿Sabes qué significa Paruka? —le había dicho su padre en aquel mismo lugar cuando no era más que un niño.

—Es nuestro apellido.

—Sí, pero ¿sabes qué significa?

—No.

—Paruka significa «peluca» en checo.

Pelucas Paruka

Pelugu



«Pelucas Peluca», volvió a decirse Amadeus aquella tarde.

Empujó la puerta y entró sin llamar. Su padre tardó unos segundos en reconocerlo y, cuando por fin lo hizo, contuvo su emoción y se limitó a asentir.

–Ya estás aquí –dijo, pues era un hombre de pocas palabras.

–Sí, padre.

–Calentaré agua para que te afeites.

Y así fue como Amadeus Paruka, a los veintiséis años de edad, se afeitó la barba, se dejó unas discretas patillas y retomó sus tareas en el taller familiar, pensando que sus años de aventuras ya habían terminado.

Los Paruka llevaban generaciones ganándose la vida como peluqueros de pelucas. Pero los tiempos en los que este oficio les proporcionó reputación y riqueza quedaban muy atrás, justo antes de la Revolución Francesa, cuando la guillotina no solo hizo rodar las más ilustres cabezas, sino también los enormes postizos que estas sostenían.

Desde entonces, las piezas sobre las que los Paruka trabajaban habían sido cada vez más modestas. Un bisoñé. Un peluquín. Un pequeño añadido. Pero, por humildes que fuesen las piezas, los conocimientos familiares se habían transmitido intactos de generación en generación, y era esta maestría la que les

había permitido conservar una nutrida y fiel clientela, por lo demás extremadamente discreta.

Efectivamente, como no podía ser de otro modo, la mayoría de sus clientes no deseaban ser vistos entrando o saliendo de un negocio llamado Pelucas Paruka. Después de todo, su gran empeño residía precisamente en simular que aquellas lustrosas y espesas matas de cabello que llevaban cada semana a peinar crecían directamente sobre sus coronillas. En este sentido, la ubicación del establecimiento, en un callejón que se adentraba en la ciudad vieja como un gusano en una manzana, facilitaba mucho las cosas, ya que los clientes podían llegar y marcharse a través de sus pasajes y recovecos con absoluta discreción, casi como si ellos y sus peluquines se desvaneciesen en el aire.

Y así fue precisamente como, dos semanas después del regreso de Amadeus, justo cuando él comenzaba a pensar que la vida sería a partir de entonces una sucesión de días tranquilos, se detuvo ante la pequeña ventana del taller una dama de actitud furtiva, envuelta en una capa y tocada bajo su capucha con un hermoso pañuelo de seda verde y rosa.

Tras comprobar que no había ningún cliente en el interior, la recién llegada empujó la puerta y entró en Pelucas Paruka.

–Muy buenos días –dijo Amadeus, acostumbrado como estaba desde niño a las entradas furtivas y a los pañuelos de todos los colores posibles.

–No tan buenos, me temo.

Amadeus dejó al punto el peluquín que sostenía entre los dedos y examinó con mayor detalle a la visita. Se trataba, dedujo, de una nueva clienta y, como solía recordarle su padre, ausente a aquella hora del día, un nuevo cliente en una peluquería de pelucas podía ser un asunto de lo más peliagudo.

–Conseguiremos que mejore –dijo con firmeza.

–Eso permítame dudarlo –repuso ella, no menos convencida.

Amadeus a punto estuvo de contradecirla, pero se contuvo. Colocó de nuevo el peluquín sobre el molde que le servía de soporte y lo retiró del mostrador. Después, cruzó las manos sobre la tabla de madera.

–Cuénteme sus cuitas.

–Mis cuitas son muchas, demasiadas para contarlas.

–Pues usted dirá –respondió Amadeus, invitándola a sentarse.

La joven dama se sentó en el borde de la silla, rígida. Con la barbilla alta, tomó aire, retiró ceremoniosamente su capucha y, a continuación, con un solo gesto, el pañuelo.

Amadeus no pudo por menos que apreciar la limpia redondez de aquella cabeza carente de cabello, así como las bellas líneas del cuello de la dama, que empalidecía por momentos.

–Un cráneo perfecto, si me permite decirlo.

–No se lo permito, caballero.

–Mil disculpas, señora.

–Señorita –corrigió ella.

–Mil disculpas, señorita.

Se hizo un momentáneo silencio.

–Y... dígame: ¿qué la trae hasta aquí?

Por primera vez, la dama le miró directamente. Sus ojos eran de color miel y centelleaban de indignación.

–¿Me toma usted el pelo?

–¡No se me ocurriría! Pero, verá: si lo que desea es comprar una peluca, lamento informarle de que nosotros no proporcionamos ese servicio.

–Comprar una peluca es lo último que deseo.

Amadeus se permitió levantar una ceja, solo una, pero por lo demás permaneció en silencio, tal y como hacía su padre, a la espera de que la clienta resolviese por sí misma el misterio.

Ella se tomó su tiempo antes de volver a hablar. Lo hizo a media voz, mientras comenzaba a anudarse el pañuelo alrededor de la cabeza.

–Tengo trescientas sesenta y seis.

–Trescientas sesenta y seis ¿qué?

Sonrojándose violentamente, como una brasa que cualquier palabra avivase, la dama se volvió hacia él.

–¡Trescientas sesenta y seis pelucas!

–Eso no es posible.

—Por supuesto que lo es. Están en mi salón. Y todas y cada una de ellas llevan el nombre de su taller, Pelucas Paruka.

Pese a la vehemencia de la joven, Amadeus apenas podía creer lo que contaba.

—¡Trescientas pelucas Paruka! ¡Eso es absurdo! —dijo, olvidando por un momento sus modales—. ¡Pero si hace años que solo peinamos postizos!

—Pero es que... —titubeó la joven, comprendiendo que le debía al peluquero una explicación— las cosieron hace algún tiempo.

—¿Hace algún tiempo?

—Verá, mi nombre es Emma Ginebra Chignon. Hace ciento cincuenta años, poco antes de la Revolución Francesa, mi trastatarabuela, Maldiva Chignon, les encargó a ustedes esas trescientas sesenta y seis pelucas. Una para cada día del año, y otra más para los años bisiestos.

—¡Madame de Chignon! —se asombró Amadeus.

¡Por supuesto! La muy excéntrica y temperamental Maldiva Chignon era un personaje legendario, y no solo en la historia de Le Ville, ciudad a la que había obsequiado con el desmesurado obelisco egipcio que presidía su principal avenida, sino también en la historia de la familia Paruka. Un siglo y medio atrás, cuando los primeros Paruka llegaron a Le Ville, sus fastuosos encargos los habían salvado de la pobreza.

La joven interrumpió sus pensamientos. Se había puesto en pie y volvía a ocultarse bajo la amplia capucha.

–Ahora soy yo quien necesita sus servicios –dijo con determinación–. Y los necesito de modo urgente. ¿Querrá acudir a las siete a esta dirección?

Amadeus cogió la tarjeta y la sostuvo ante sí, perplejo.

Srta. Emma Ginebra Chignon
Colina de la Ciudad Vieja, n.º 1
Le Ville

–¿Esta tarde? ¿En su casa? Pero yo no suelo salir...

–Sí, yo tampoco acostumbro –dijo ella rápidamente–. Pero no hay tiempo, ¿sabe? Ya no hay tiempo.

Y antes de que Amadeus hubiese dicho que sí o que no, o que hubiese pensado para qué diablos no había tiempo, la joven estaba perdiéndose con su pañuelo verde y rosa por las sombras del callejón.